

Adán Echeverría

Con tus ramas de vidrio

Con tus ramas de vidrio
palidecemos cada remolino de silencio
cada célula que ha borrado el viento en nuestra calle
volcando los sepulcros
La noche y los cervatos se alejan con la luz
y esas nubes bajo tu vestido...
El diamante en la luz de las estrellas
esa luz la luz que aborrecemos tanto
Con tus ojos teresa de piedra sangrante
los sepulcros abiertos en nuestros lomeríos
y la paz que se dibuja con la niebla
Es la noche cuando el alba
tejió sobre tus hombros el tatuaje de vidrio que tanto te gusta
La madrugada de espinas y cruceros insomnes
y esa lluvia...
Llueve llueve y con cada golpe
la distancia crece hacia los matorrales del sueño
hacia los cuerpos en que me he rendido
por cada borrasca que te va dejando seca
pálida y pisando los brazos del insomnio
Así era la luz la luz la luz que nos olvida
y así eran tus ojos sangrantes
La luz de tu vestido de pedrería imaginaria
de nube gris y arcoíris indefenso

Voy sobre el asfalto a entregarte margaritas
 hasta ser tan solo la rama del árbol que cruje y el pájaro de jaspe
 la raíz en que contiene el aire enrarecido por el humo
 el cielo herido ya por tanto eclipse
 por los años que nos van despedazando
 y nada queda sino esta veladora y algunas cuentas de mercurio
 encima de las teas
 algunos humos dióscuros para una vida dependiente
 carajo nos amamos y los cuervos de la repisa se revisan el plumaje
 carajo las luciérnagas de nuestros labios trozan el viento
 el uno encima del otro y las cabelleras crujiendo con las ramas
 el uno bajo el otro y los gatos se descubren impuros
 el árbol crecido de nubes y el arcoíris abarca la torcida lengua
 cuídame de tanta piedra
 No me dilates te digo encimando los aullidos
 en esta calavera lúnica en que me descubres siempre bajo tu sombra
 No me dispares al epicentro
 de tus espinas y cardos lunares parricidas espermáticos
 Nos hemos vuelto coráceos
 como las calles de estrellas que diluyen
 y esas ráfagas que deja el ojo frío
 el ojo neutro de nuestras distancias renovadas
 la pesada ceniza que se filtra entre las nubes
 y los remolinos rendidos a la noche
 quedan el silencio y su neón sobre cada cuerpo desgarrado
 sobre cada piedra que se percibe intacta
 Es tu manto teresa tu mano
 de iridío que no sucumbe al torrente del tiempo
 tu pierna de roble elástica elástica la montaña donde me guardo
 la luz que me envenena
 el disperso tiempo y las horas como tropezones
 y de siempre es la vida para beberte cada pómulo de lomeríos y diamantes
 sí teresa diamantes diamantes los circulares pechos en que me disuelvo
 gris tan gris como mi propia ardilla que precipita cada noche
 cada mutación del sino de mi rostro en cada árbol
 ese pálido fulgor de la sequía negra
 yo y el maldito venado de mi nombre
 ese brujo encandilado por la carretera que soy
 por el agua que soy
 por la leche silente que soy al entregarme
 Soy esta sierpe que se curva sobre cada bosque imantado de quebrantos
 sin paciencia ni olvidado olvido

